



*Real, Ilustre y Muy Antigua Archicofradía y Hermandad del Santo Entierro de Cristo y María Santísima de las Angustias
Campillos (Málaga)*



Pregón Cartel

Semana Santa 2007

Doña Rosario Guerrero Guerrero

Campillos, 10 de marzo de 2007

¡Proclama mi alma la grandeza del Señor!

Se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador.

Porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,

Porque el poderoso ha hecho obras grandes por mí.

Su nombre es santo y su misericordia llega a sus fieles,

de generación en generación...

Bendita alabanza de la Santísima Virgen al Todopoderoso. Bendita humildad para cantar las maravillas que Dios hace a través de Ella y a favor de todos nosotros.

Acerquémonos a Nuestra Madre, y que este saludo, su oración tantas veces repetida, sea hoy fuente de inspiración para llamarla a nuestro lado:

¡Alégrate llena de gracia;

el Señor es contigo,

bendita Tu entre las mujeres

y bendito el fruto de tu vientre, Jesús!

... Reverendo cura párroco D. Jaime.

... Excelentísimo Señor alcalde.

... Dignísimas autoridades.

... Hermano Mayor y Mayordomo de esta nuestra querida hermandad.

... Miembros de las corporaciones nazarenas.

... Miembros de la Junta y Consejo de gobierno.

... Amigos y hermanos en Cristo...

Intentaré con claridad y sencillez y poniendo mi más profundo sentir, pregonar este cartel de la Virgen de Las Angustias, nuestra Madre y Señora.

He puesto una gran ilusión en ello. Y, a la vez, asumo la responsabilidad que conlleva, por cómo descubrir mis sentimientos y hacéroslo llegar. Desde mi vida cofrade quiero que conozcáis lo que siento por nuestras bellas imágenes del Santo Entierro de Cristo y María Santísima de Las Angustias.

¡Y llegó el día! Que fácil se lo puse a la Hermandad. Insinuarlo, y *dicho y hecho*. Gracias por confiar en mí. Espero no defraudaros. Intentaré contar las experiencias y las vivencias de una cristiana y servidora de esta parroquia que hoy nos acoge.

Ser del Santo Entierro me viene por tradición familiar.

Soy *Guerrero y Guerrero* y hasta donde mi vista alcanza, todos, salvo pocas excepciones, han sido y son del Santo Entierro. Además, con la particularidad de sentir una gran devoción por nuestra Virgen.

Los recuerdos son muchos y se han ido acumulando desde mi niñez, ya que en mi familia se ha vivido siempre, de modo especial, el ambiente de Semana Santa. En casa de mis tías se repartían las túnicas y en este menester hemos participado todos desde pequeños. En estos primeros recuerdos quiero tener uno en particular hacía mi prima María Isabel. Dulce y entrañable criatura ¡Cómo disfrutaba esos días! Su vida fue corta, pero nos dio un ejemplo tan cristiano de resignación ante su enfermedad que no se nos olvidará nunca. *Enterrista* hasta la médula, como se suele decir y aún al final de sus días anhelaba la llegada de la próxima Semana Santa. Quiero que sepas, ahí arriba, que todos te recordamos de manera especial el Viernes Santo y que siempre te llevamos en nuestro corazón.

La Semana Santa se olía por las calles de Campillos. Que ambiente se vivía en nuestra iglesia. Niños y jóvenes, en un continuo ir y venir, haciendo los recados que nos pedían los mayores. Que bullicio en el templo, los carpinteros dando los últimos toques en los tronos, acarreo de enseres... Gente

de Jesús, de la Pollinica, del Cristo, del Entierro. Todos juntos y en armonía, aunque con los clásicos piques, por cuál era la mejor. Recuerdo a Telesfora, a D. Juan Cantano, a Pepita Martín... camaristas de las vírgenes realizando su labor con su característico secretismo. Aquella época creó escuela, pues los que vivimos aquel ambiente, somos ahora los que estamos metidos de lleno en nuestras hermandades. Lástima que se vayan perdiendo esas costumbres.

Me vienen a la memoria muchas imágenes de nuestra salida procesional. Pero hay una que se repite por encima de otras, con temor y desazón, que es nuestra... ¡La lluvia de la tarde del Viernes Santo! Que iguala en cantidad las lágrimas por ella provocadas. Podríamos entender los cambios en la fase lunar, también entenderíamos el misterio producido después de la muerte de Cristo, esa gran alteración sobre la Tierra, pero difícil es sobrellevar que casi todos los años suframos esta inclemencia, ese calvario. Y todo se derrumba ante nosotros. Sentimos como se calan nuestras túnicas, como la procesión se desluce después de tanto esfuerzo, como a veces ni llegamos a salir, como las velas se van apagando, como *lagrimea* el agua sobre nuestros tronos, y lloramos, claro que lloramos, de rabia contenida, de dolor por ver como estas dos imágenes, que con tanto cariño hemos engalanado no pueden ser admiradas en nuestras calles. El cuerpo desnudo de nuestro Cristo yacente, y ese rostro de María Santísima, empapados por la lluvia no son la imagen que cualquier cofrade quisiera contemplar. Pero, por desgracia, a estos contratiempos estamos ya acostumbrados. Esto no es impedimento para que sus hermanos, penitentes, costaleros, mantillas, consiliarios... los acompañemos hasta el final.

Mis recuerdos estarían incompletos si no mencionara a algunos de mis familiares de esta Hermandad. Sería imposible a todos.

Mi abuelo José y mi padre son las personas que más han influido en mi vida cofrade. No olvidaré tantos Viernes Santos, después de haber encerrado a Jesús, mi abuelo hecho, como se suele decir, un manojo de nervios. Calle arriba, calle abajo y mirando al cielo ¿Por qué sería? No era persona de

expresar sus emociones de forma habitual, pero cambiaba en Semana Santa. Su entrega por su Hermandad nos caló muy hondo. Sentía pasión por su Virgen y supo transmitírnoslo, primero a sus hijos y después a sus nietos, con tanta fuerza que todos somos auténticos *angustiosos*. Cada Viernes Santo me esperaba después del encierro para preguntarme cómo había ido todo. Le preocupaba sobremanera que el Santo Entierro no estuviera suficientemente acompañado. Sufría por ello, pero no era capaz de verlo por sus propios ojos.

Mi padre bajo el varal de Las Angustias, es una impronta en mi retina y en mi corazón. Entonces las procesiones eran eternas. A veces, incluso amanecía estando en la calle y el cansancio y la fatiga hacían mella en el rostro de los sayones. Pero el amor que sentían por sus imágenes paseando por las calles de Campillos, era la mejor recompensa a tanto esfuerzo.

Quién no recuerda a mi tío Diego, capataz de la Virgen, en esas salidas tan serenas, tan emotivas, en las que sólo se oían sus órdenes, tranquilas y precisas, cargadas de tantos sentimientos, que terminaban con el estallido de los vivos contenidos de sus sayones.

Otra imagen que guardo, con gran cariño, es la de mi prima Mercedes, junto a su hermana, siempre en la misma esquina, como formando parte de la procesión. Ha sido nuestra pérdida más reciente y su fervor por la Virgen la hizo morir con su rosario entre las manos.

Y después del encierro, las tertulias en el casino. Se incorporaban hermanos cofrades de otras hermandades para comentar y resaltar lo más destacado de esa Semana Santa. Todos habíamos sido los mejores. A los ratitos del casino también se les echa de menos.

Toda mi vida estaré agradecida a mi familia por el espíritu cristiano y cofrade que me han inculcado y del que tan orgullosa me siento.

Las mejores herencias no son las materiales, sino las espirituales. Proceden de haber compartido, día a día, en la familia valores vividos.

Si, valores espirituales porque pertenecer a una hermandad no queda única y exclusivamente en llevar a cabo una manifestación cultural. Somos un conjunto de fieles cristianos conscientes de que somos y pertenecemos a la Iglesia. Supone adquirir un compromiso espiritual y apostólico que se refleja en un testimonio de vida y un ardor evangelizador. Formamos parte de la Iglesia y desde nuestra condición de hermanos cofrades debemos trabajar para dar lustre y brillo a nuestra identidad cristiana. Debemos ser pregoneros de los valores de la familia cristiana, de nuestra familia, de nuestra hermandad.

Si, somos una familia pero incompleta. Aún hay quienes ven en nuestras procesiones una representación teatral y no una realidad de fe. No ven que ese Cristo es el Hijo de Dios hecho hombre y que esa Virgen es su Madre. Los cofrades debemos mostrar nuestro modo de ser con el testimonio de nuestra vida y con el culto público que expresamos en nuestras procesiones. Para nosotros la Semana Santa es la rememoración de un misterio: Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo. Él murió por Amor y debemos pagar con amor, porque Amor con amor se paga. Como hizo su Madre. Esa Madre a quien tanto veneramos y que desde el Anuncio hecho por el Arcángel, nos demostró hasta dónde estaba dispuesta a aceptar:

Un Sí, a la humildad y a la sencillez.

Un Sí, al servicio sin esperar nada.

Un Sí, al amor desinteresado.

Un Sí, a aceptar la voluntad de Dios con todas sus consecuencias.

Un Sí, a esa espada de dolor y angustia profetizada por Simeón a las puertas del Templo de Jerusalén.

En definitiva, un Sí al Evangelio.

Cuando la primavera va acercándose y comienzan a resonar tambores, cuando el olor a incienso nos envuelve en nuestros cultos... algo nos recuerda que estamos en Cuaresma. Desde el Miércoles de Ceniza los cristianos somos

llamados a una reflexión. Tiempo de ayuno, de perdón, de conversión, de oración... Quizás, sea el tiempo litúrgico que más nos invite al compromiso con los demás y a darnos más. Cristo Jesús se preparó para cumplir el gran designio del Padre:

entregar su vida por nosotros

Desde su oración en el Huerto de los Olivos, donde incluso llegó a dudar y deseó cambiar la historia:

...aparta de mí este Cáliz

Debilidad humana. Pero no podía fallarnos. Era el Hijo de Dios y como tal lo aceptó cuando celebró su Última Cena con los discípulos. La institución de la Eucaristía, Su cuerpo y Su sangre entregados para salvarnos. Para el perdón de todos nuestros pecados.

Y se dejó besar por Judas, aún sabiendo su traición. Y fue insultado y azotado hasta casi morir. Y le cargaron una Cruz y se vio humillado. Y, mientras subían el Monte Calvario, hubo de vivir la angustia de ver unos ojos que le seguían: su Madre ¡Que dura visión para una madre! ¡Y que amarga experiencia para un hijo! Y le clavaron en la Cruz. Y, aún en su agonía, tuvo misericordia hacía sus enemigos...

Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen

Y, con los ojos clavados al cielo, expiró.

Pero esta muerte no fue un sin sentido...

Y al tercer día resucitó

Y lo hizo para que el mundo pasara del luto a la alegría, de la tiniebla a la luz, de la muerte a la vida...

Fue la aceptación de la voluntad de Dios. Y esto es lo que todos los domingos recordamos en la Eucaristía. Un Misterio de amor que reclama de nosotros una contemplación de amor. Cumplimos el encargo que Él nos dio...

Haced esto en memoria mía

Anticipamos la vida eterna, la salvación plena y definitiva que nos ha conseguido. Por ello, los cristianos, entre los que nos incluimos los cofrades, debemos preocuparnos de que el Domingo sea reconocido por todos nosotros Santificado y Celebrado como verdadero *Día del Señor*. Y vivirlo en caridad y familia. Somos hombres y mujeres de Dios comprometidos, que debemos intentar vivir la fe con honestidad y coherencia.

Y el más claro ejemplo lo tenemos en María. Es el reflejo más puro de fe y amor a Dios. La llamamos Inmaculada, Reposo, Esperanza, Socorro, Dolores, Lágrimas, Angustias... Es María, Madre de Dios y Madre nuestra.

Para ella tenemos un sentimiento muy profundo en nuestras hermandades. Su vida fue una peregrinación en la fe y este camino de fe es el punto de referencia constante para nosotros, los cofrades. Con su *hágase* nos demostró la actitud de servicio, obediencia y disponibilidad ante el Misterio de su Hijo. Asumió, con naturalidad, su papel de Madre...

Y dio a luz a su hijo, lo envolvió en pañales y lo recostó en el pesebre

Más tarde lo acompañó en su camino de fe, y se situó entre sus primeros discípulos, oyendo y meditando la Palabra de Dios a través de Él. En el Calvario, al pie de la Cruz, siguió a Jesús hasta el final, manteniendo su unión por medio de la fe. La misma con la que había acogido la revelación del Ángel en la Anunciación.

Pero María, no sólo es la Madre de Dios, es la Madre de todos nosotros y cada uno de nosotros vivimos su amor de manera diferente, según la tradición y nuestra experiencia.

A lo largo de mi vida, he descubierto que ha sido un continuo encuentro con Ella. Desde mis primeros rezos, aprendidos y repetidos en familia.

En mi primer colegio, La Milagrosa, su imagen presidía todos los rincones. Era colegio de monjas y ellas nos supieron inculcar, con humildad y buenas

obras, una educación religiosa y humana que empezó a dejar huella. Más tarde, en mi juventud, otro encuentro con Ella. Estudiando en Málaga, se me brindó otra gran oportunidad de conocerla mejor. Fue en la residencia María Inmaculada, también de religiosas. Una vida siempre marcada por ellas y por su ejemplo de bien hacer, y a quienes siempre estaré agradecida. Fueron una guía en mi formación para mi sentimiento mariano.

Al mismo tiempo, aquí en Campillos, vinculada a esta hermandad, y, dentro de ella, mi dedicación a la Virgen de Las Angustias.

Todo lo que siento por María Virgen lo concentro en esta imagen, por la que tanta debilidad y devoción nuestro. En este sentimiento se aúnan el sentir religioso y el familiar. Mi mirada hacía Ella es muy particular, íntima, recogida, muy mía. Su semblante no es el dulce y sonriente de La Milagrosa o La Inmaculada. Ella infunde tristeza, dolor, lágrimas, angustia... ¡Que bien supo el escultor reflejar el dolor acumulado y el desamparo y la soledad vivida.

Ella es mi asidero en la vida. Si he pedir algo, acudo a Ella. Si lloro, le lloro a Ella. Si río, río con Ella. Si agradezco, siempre a Ella. Es y será la estrella que guía mi caminar por los senderos de la vida, como hija, esposa y madre. Y como madre, me dediqué a catequesis en nuestra Parroquia. Cuántas horas en calle Lavados profundizando en estos temas tan difíciles de abordar y de comprender. Y cuántas horas necesitó nuestro querido Antonio Coronado, por cierto, su más ferviente seguidor, para descubriarnos un ser tan maravilloso. Temas como el Dogma de la Inmaculada Concepción, tan difícil de entender, nos dio para muchas horas de charla sobre Ella. Preguntas difíciles y respuestas aún más complicadas. Catequesis que nos abrían los ojos para descubriarnos y crecer aún más en el amor y la comprensión.

Por fin, mi querida prima Inma y yo fuimos nombradas camaristas de nuestra Virgen. Alegría, ilusión, emoción y gran responsabilidad. Poder tenerla tan cerca, vestirla, adornarla, tocarla... Todo para ofrecerla a los demás. Pero... ¿Cómo embellecer aún más su belleza natural? ¿Cómo hacer que esos ojos al cielo reflejen toda la angustia vivida?

Es el momento íntimo del camerino. Lo vivimos cada año, no como quien repite un guión, sino actualizándolo como la vida. Las circunstancias, los ánimos del momento, se lo transmitimos a Ella. Como a nuestra Madre. Ella es entrega para nuestras súplicas, escucha para nuestras palabras y acogida para nuestra esperanza. Ella es la puerta que nos abre a Jesús en el mundo.

No quiero terminar este pregón sin haceros un esbozo de lo que en realidad representa esta advocación. Es un soliloquio de la Virgen que llegó a mis manos por Nati, nuestra querida hermana dominica, y que refleja todo el sentimiento de angustia ante la muerte de su Hijo.

Hijo mío...

¿Qué haré sin ti...?

¿A dónde iré...?

¿Quién me consolará...?

Hijo...

¿Qué hiciste para que te crucificasen?

¿Qué causa hubo para darte tal muerte?

¿Estas son las gracias de tantas buenas obras?

¿Este es el premio que se da a la virtud?

¿Esta es la paga de tanta doctrina?

¿Hasta aquí ha llegado la maldad del mundo, hasta aquí la malicia del demonio, hasta aquí la bondad y la clemencia de Dios?

¡Oh dulcísimo Hijo mío!

¿Qué haré sin ti?

Tú eras mi hijo, mi padre, mi esposo, mi maestro... Ahora quedo madre sin hijo, sola sin maestro. Ya no te veré más entrar por mis puertas cansado de los discursos y predicación del Evangelio. Ya no limpiaré más el sudor de tu rostro fatigado de los caminos. Ya no te veré más sentado a mi mesa y dando de comer a mi alma con tu divina presencia. Ya no sonará más en mis oídos la dulce voz de "madre", ni de "María". Fenecida es ya mi gloria; hoy se acaba mi alegría y comienza mi soledad.

Hijo...

¿No me hablas?

¡Oh lengua del cielo que a tantos consolaste con tus palabras, a tantos diste habla y vida!

¿Quién os ha puesto tanto silencio que no habláis a vuestra madre?

¿Cómo no me dejáis siquiera alguna manda para consolarme?

Yo la tomaré... Esta corona leal será la manda, de estos clavos y de esta lanza quiero ser vuestra heredera. Estas joyas guardaré siempre en mi corazón. Allí estará guardada vuestra corona, vuestros azotes y vuestra cruz.

¡Como dura poco la alegría en la tierra y como se siente mucho el dolor después de mucha prosperidad!

¡Belén y Jerusalén, cuan diferentes días ha llevado en vosotros!

¡Que noche fue aquella tan clara y que día tan oscuro!

¡No podía ser pequeña la pérdida de tan grande felicidad!

¿Dónde están ahora aquellas tan grandes alabanzas de la antigua salutación?

No era vana mi turbación y mi temor en aquella hora, porque, a grandes alabanzas, por fuerza es que se ha de seguir gran caída o grande cruz. No quiere el Señor que estén sus dones ociosos; nunca da honra sin carga, ni mayoría sin servidumbre, ni mucha gracia sino para mucho trabajo.

Entonces me llamaste "llena de gracia"; ahora estoy dolor. Entonces, "bendita entre las mujeres"; ahora, la más afligida entre las mujeres. Entonces dijiste "el Señor es contigo"; ahora también está conmigo, más no vivo, sino muerto, como lo tengo en mis brazos.

¡Oh dulce Redentor mío...!

¿Fue alguna culpa tenerte yo en mis brazos, con tanta alegría recién nacido para ahora tenerte en ellos tan atormentado?

¿Fue algún pecado recibir tanto gozo en darte la dulce leche de mis pechos, para ahora me hayas querido dar a beber un cáliz de tanta amargura?

¿Fue algún delito amarte tanto?

¿Por qué ahora has querido que el amor se me hiciese verdugo y que tanto más padeciera, cuanto más te amé?

¡Oh Padre eterno, oh amador de los hombres, piadoso para con ellos y para con vuestro Hijo, riguroso!

Más con todo esto, yo, la más afligida de todas las criaturas, os doy gracias infinitas por esta angustia. Bástame quererlo Vos para que yo me consuele. De vuestra mano, aunque sea el cuchillo, lo meteré yo en mis entrañas. Por los favores y por mis angustias, igualmente os doy las gracias. Os bendigo por los bienes, de que hasta aquí he gozado; y porque ahora me lo quitáis, no me indigno, antes bien os vuelvo vuestro depósito con hacimiento de gracias. Por lo uno y por lo otro os bendigan los ángeles y mis lágrimas también con ellos os bendigan.

Más os suplico Padre mío, os deis por contento con treinta y tres años de martirio. Desde el día que aquél Santo Simeón me anunció este martirio, se echó acíbar en todos mis placeres y desde entonces traigo este día atravesado en mi corazón y nunca tuve gozo tan puro que no se aguase con los dolores y temores de este día.

iOh dichosa sepultura que has sucedido en mi oficio y la corona que a mi me quitan, a ti te la dan, pues encerrarás dentro de ti al que tuve yo encerrado en mis entrañas!

iMis huesos se alegrarían si allí se viesen y ahí sería de verdad mi vida en la sepultura!

iOh muerte...!

¿Por qué eres tan cruel que me aparta de aquél en cuya vida está la mía?

Piadosa fuera para mi si nos llevaras a ambos; más ahora fuiste cruel en matar al hijo y más cruel en perdonar a la madre.

Y al tercer día daba voces al Hijo muerto, diciéndole: levántate gloria mía, recoge buen pastor tu ganado, vuelve triunfador del mundo; oye hijo mío los clamores de tu angustiada madre.

Como resplandece el día, así los ojos de la Madre cuando vio el cuerpo de su hijo resucitado y glorioso. Al que tuvo muerto en sus brazos, velo ahora resucitado ante sus ojos. Entonces enmudecida de dolor, ahora de alegría.

- ... Muchas gracias a mi Hermandad, por confiar en mí.
- ... A mis padres, a mi marido y a mis hijos, por alentarme en esta difícil tarea.
- ... A Antonio Coronado, por su confianza, apoyo y amistad.
- ... A Jaime, por su ayuda y por sus homilías, que tanto me han inspirado.
- ... A Asunción Moreno, a Ana, a Inma, a M^a Jesús, por el aliento y la fuerza que me habéis dado.
- ... Muchísimas gracias a vosotros por todo lo que me habéis enseñado con vuestro testimonio.
- ... A todos, muchas gracias, por acompañarme y escucharme.